

La historia de la traducción como tarea nacional (El caso Costa Rica)

El que les habla no podría calibrar si, como dijo Miguel Obregón Lizano, Costa Rica “destaca más por la belleza de sus paisajes que por su cultura”, pero es evidente que Costa Rica manifiesta, justa o injustamente, un déficit de imagen cultural, cuando en el catálogo Opale de la Biblioteca Nacional de Francia no aparece, por ejemplo, ninguna referencia, a Max Jiménez. Aunque hoy en día tenemos una conciencia hipertrofiada en lo que a conservación del patrimonio cultural humano se refiere, el libro, y más si se trata de una traducción, no encuentra un interés que salvaguarde su supervivencia. Hoy en día despierta mayor interés una colección de mariposas que un libro en vías de extinción. Y es que los libros también se mueren. El caso de la literatura costarricense es especialmente grave. *Quijongo* de Max Jiménez, aparecido en Madrid en 1933, no existe en los registros de la BNF. Ni siquiera la traducción francesa de *Gleba*, aparecida en 1929 en París, aparece en ese archivo de la memoria colectiva que es la Biblioteca Nacional de París. De Francisco Cañas no existen en la actualidad más que una veintena de registros en los catálogos alemanes, todos ellos en español (*Segua*, *Cartas de Don Camilo*, etc.). Es evidente que mientras este autor no se traduzca, estará condenado a la inexistencia en la memoria de la humanidad.

Por otra parte, un análisis de la producción bibliográfica nacional pone de manifiesto que en la misma predomina la producción primaria, la creación, los estudios sobre esa producción primaria, los ensayos de cultura étnica o antropológica, faltando casi por completo textos más secundarios, de recepción y fenómenos semejantes que tienen en la traducción uno de sus ejes. Así, por ejemplo, de los 680 entradas bibliográficas que el gran catálogo virtual alemán GVB contiene sobre los más diversos temas de la vida nacional y que se presentan bajo el epígrafe **costarricense** (política, derecho, arte, narrativa, indígenas, historiografía, gastronomía, hostelería, seguridad ciudadana, derecho electoral, el trapiche costarricense, el anglicismo costarricense, la carreta costarricense etc., con títulos tan variopintos y específicos como *Entre el comal y la olla: fundamentos de gastronomía costarricense*, no hay nada que remotamente se aproxime al tema de la traducción literaria, que es la aquí tratamos. Por eso se agradece que, por ejemplo, la obra de Carlos Francisco Monge acerca de la vanguardia costarricense, se haga, al menos ocasionalmente, alusión a algunas traducciones que pudieron ejercer su influencia en el decurso literario de la nación. Quizás la obra de Virginia Borloz sobre “Flaubert en la literatura costarricense”, que no he tenido ocasión de consultar, contenga también referencias a una posible actividad traductora de las obras del autor francés en el país, pero podemos aceptar como hecho indiscutible que el epígrafe “traducción costarricense” o “traducción en Costa Rica”, no existe como asunto o materia de las clasificaciones bibliográficas. La actividad de la Editorial Costa Rica, con un elenco largo de autores y títulos (Cañas, Chase, Fallas, Rossi, etc.) no ha recogido, en la medida en que he podido comprobarlo a través del análisis *online* de sus catálogos, un solo título de traducción. A la hora de reseñar la historia de la literatura nacional, todos son títulos nacionales, es decir, originales en español costarricense. En el interesante estudio acerca de la narrativa costarricense “Historia y narrativa en Costa Rica”, en la revista *Istmo*, firmado por Alvaro Quesada Soto, se hace un interesante esbozo de los contextos del tema, que se sitúa en medio de las conmociones y determinaciones socio-políticas del país (Guerra Civil, neoliberalismo, etc.), si bien con exclusión absoluta de toda referencia a una causalidad que le hubiera advenido a esta

narrativa por vía literaria extranjera. Se supone que las traducciones que se hicieran, publicaran o leyeran en el país no fueron causas determinantes de esa narrativa, lo que desde el punto de vista de la fenomenología literaria es difícilmente aceptable. Desconozco si el célebre trabajo de Abelardo Bonilla *Historia y Antología de la literatura Costarricense* hace referencia a la traducción, pero en caso afirmativo sería rara avis. Y en lo referente a la historia de un país multilingüe como fue este (el bribri, el cabécar, etc) se hace caso omiso de la labor de comunicación interlingüística que tuvo que mediar. *En vida cotidiana en la Costa Rica del siglo XIX*, de González Ortega, se habla del asentamiento de la vida religiosa en el pueblo sin mencionar la posible actividad traductora de la iglesia frente a los indígenas.

Ante este panorama, me atrevería a lanzarles una pregunta retórica: ¿es que, en cuanto grupo profesional, el traductor costarricense se resigna a no tener historia, a no tener conciencia del gremio al que pertenecen, y sin el cual quizás su país no sería lo que es? Las “traducciones ticas” a las que hacía referencia el presidente José Figueres Ferrer, en un estudio misceláneo acerca de Joaquín Gutiérrez, ¿no merecen un estudio de su función social y de su valor literario y nacional? Bien es verdad que este fundador de la II República, establecería una ecuación, peligrosa por denigratoria, de la labor del traductor cuando, a la hora de referirse a las traducciones de Gutiérrez, titulaba su aportación: *Traducciones y otras vagabunderías*. (En Rodolfo Arias Formoso, *Retrato de Joaquín Gutiérrez*). ¿Es que la traducción es una vagabundería? Reacción típica de político.

No creo que pueda discutirse que sería interesante que la editorial que suministra parcialmente señas de identidad literaria a la nación, pusiera a disposición de su público las traducciones canónicas, nacionales o extranjeras, por ejemplo, del *Hamlet* de Shakespeare, el *Fausto* de Goethe el o la Divina Comedia del Dante. Mientras no se llegue a eso, la obligación de una ilustración nacional estará posiblemente limitada a los académicos y escritores, pero no llegará a las clases populares. Y en todo caso esa ilustración foránea que llega a Costa Rica igual que a cualquier país debería investigarse lo mismo que la música criolla. Hace ya años, en 1958, se celebró en Costa Rica el Congreso Internacional de Americanistas. En sus actas se recogía un trabajo de Guillermo Malavassi que tematizaba la “Presencia de Unamuno en Costa Rica”. El contenido y estructuración del trabajo respondía a lo que podrían ser las bases para una historia de la ilustración intelectual del país. Y en este sentido deberían multiplicarse los trabajos de recepción crítica y traductográfica de Shakespeare, Goethe, Faulkner o T.S. Elliot en Costa Rica, por ejemplo. Pues, en efecto, el panorama intelectual de la nación ha dependido precisamente de las obras de estos autores han leído sus grandes o incluso medianos hombres.

Frente a este estado de la cosa traductiva, quisiera hacerles unas propuestas teóricas que no por estar próximas a la verdad de Perogrullo son menos verdad. Son cuatro propuestas de fenomenología literaria que quizás se puedan matizar e incluso discutir pero que pretendo hacer valer como materia de reflexión en este Congreso y que quiero que sirvan de motivación y punto de partida a un entusiasta trabajo de investigación común, a saber, el de la historia de la traducción de Costa Rica, en el que nos gustaría empeñarnos, pues la causa lo merece.

Expresada esta serie de propuestas próximas a la categoría de perogrullada, pero no por ello más tenidas en cuenta, paso a aplicarlas a la situación de Costa Rica, un país

que en el registro de traducción que realiza la Unesco, el Index Translationum, da un panorama bastante escaso de actividad traductora, teniendo en cuenta la enorme actividad intelectual que el país registra. Y con ello ya estoy mencionando el déficit de imagen que debería corregirse. El conjunto de habitantes de la galaxia hispanohablante contribuye a enriquecer unas maneras de ver el mundo y de expresarlas que es un valor cultural irrenunciable. Las traducciones de un Valera, de un Amado Nervo, de un padre Francisco Jiménez (*Popol Vuh*) son importaciones que, al tiempo que enriquecen nuestra lengua, proyectan versiones diferentes sobre las producciones foráneas que nos universalizan en la medida en que las hacemos propias. Las traducciones que, mejores y peores, se realizaron de los clásicos de la economía en Méjico en los años 50-70 (desde el Colegio de Méjico, en parte por emigrados españoles, como Altolaguirre, Roces, Gaos) o, en los años 40-70 de la literatura europea en Argentina en unos momentos en los que no disponíamos de alemanes como Rilke o Kafka son episodios que han dado consistencia al conjunto de nuestros pueblos. No es pensable que en ese amplio contexto cultural falte la visión costarricense.

Así pues,

1.- Es mi primera propuesta la de la dependencia de cada literatura nacional de la traducción. Roma empezó a tener conciencia de su vocación literaria cuando Livio tradujo la Odisea de Homero y los germanos empezaron a desarrollar una literatura artística con las traducciones de los textos de la liturgia cristiana y con la traducción de la Biblia de Lutero se inicia el alemán moderno; el árabe culto se nutre de las traducciones que se realizaron en los siglos IX y X en la casa de la sabiduría de Bagdad y el despertar de la cultura renacentista fue la llamada escuela de Toledo. La cultura eslava se formó gracias a las traducciones de Cirilo y Metodio. Podíamos seguir mencionando los efectos de la traducción en el despertar poético y cultural de las naciones pero basten esos ejemplos.

2.- Es la segunda una propuesta de historiografía literaria: la historia de la literatura hasta el presente está mal escrita pues ha omitido una parte fundamental de las bases escritas de un grupo humano: los transtextos, aquellos textos emigrados que aportan a una cultura el fermento de la alteridad. Cuando escribimos la historia del Siglo de Oro español sin atender a las traducciones de los clásicos (Plutarco, por ejemplo) o de los modernos italianos (Petrarca, por ejemplo) estamos dejando incompleto la documentación del cuadro cultural hispano. La traducción es el género original de toda literatura nacional. Bastará con abrir cualquier exposición de la historia de la literatura de un país o de una lengua para comprobar que uno de los factores más importantes de transmisión de la formación y del gusto literario, la traducción, brilla por su ausencia tanto en el proceso de creación poética de una lengua como en el resultado. Cualquiera que pretenda ingresar en la esencia del Siglo de Oro español, siglo de oro común a las naciones hispanas, pues a él contribuyeron, por ejemplo y entre otros una Inés de la Cruz, un Antonio Alarcón o un Garcilaso, el Inca, tendrá que tener en cuenta de manera nuclear la presencia que en su entramado intelectual y literario desempeñaron, por ejemplo, las traducciones de Petrarca al español, que dieron lugar al petrarquismo de Garcilaso de la Vega, las traducciones de Erasmo, que dieron lugar al erasmismo español e incluso americano, o la traducción del Inca Garcilaso que determinó el platonismo español o las traducciones de los escritores piadosos alemanes que influyeron decisivamente en la mística española. Muy pocos son los manuales de historiografía que contemplan la traducción como un factor determinantes. Los trabajos